

LA LOTERÍA

UN CUENTO CORTO DE SHIRLEY JACKSON

(1948)

La mañana del 27 de junio era clara y soleada, con la cálida frescura de un día de pleno verano; las flores florecían profusamente y la hierba estaba muy verde. La gente del pueblo empezó a reunirse en la plaza, entre la oficina de correos y el banco, alrededor de las diez; en algunos pueblos había tanta gente que la lotería tardaba dos días y tenía que empezar el 26 de junio, pero en este pueblo, que solo tenía unos trescientos habitantes, toda la lotería duraba menos de dos horas, por lo que podía empezar a las diez de la mañana y aún así terminar a tiempo para que los aldeanos pudieran llegar a casa para la comida del mediodía.

Los niños se reunían primero, por supuesto. Hacía poco que la escuela había terminado por el verano, y la sensación de libertad se apoderaba de la mayoría de ellos; tendían a reunirse en silencio durante un rato antes de romper a jugar bulliciosamente, y su conversación seguía siendo sobre el salón de clases y el maestro, sobre libros y reprimendas. Bobby Martin ya se había llenado los bolsillos de piedras, y los demás chicos no tardaron en seguir su ejemplo, seleccionando las piedras más lisas y redondas; Bobby y Harry Jones y Dickie Delacroix -los aldeanos pronunciaban este nombre "Dellacroy"- acabaron por hacer un gran montón de piedras en una esquina de la plaza y lo protegieron de las incursiones de los demás niños. Las chicas se quedaban a un lado, hablando entre ellas, mirando por encima del hombro a los niños, y los niños más pequeños se revolcaban en el polvo o se aferraban a las manos de sus hermanos mayores.

Pronto los hombres empezaban a reunirse, vigilando a sus hijos, hablando de la siembra y de la lluvia, de los tractores y de los impuestos. Se mantenían juntos, lejos del montón de piedras de la esquina, y sus bromas eran silenciosas y sonreían más que reían. Las mujeres, con vestidos de casa y suéteres desteñidos, llegaban poco después de sus compañeros. Se saludaban e intercambiaban chismes mientras iban a reunirse con sus maridos. Pronto las mujeres, de pie junto a sus maridos, comenzaron a llamar a sus hijos, y los niños acudían de mala gana, teniendo que ser llamados cuatro o cinco veces. Bobby Martin se agachó bajo la mano de su madre y corrió, riendo, de vuelta al montón de piedras. Su padre habló bruscamente, y Bobby se acercó rápidamente y ocupó su lugar entre su padre y su hermano mayor.

La lotería se llevó a cabo -al igual que los bailes de plaza, el club de adolescentes y el programa de Halloween- al liderazgo del Sr. Summers, que tenía tiempo y energía para dedicarse a las actividades cívicas. Era un hombre de cara redonda y jovial y dirigía el negocio del carbón, y la gente se compadecía de él porque no tenía hijos y su mujer era una regañona. Cuando llegó a la plaza, cargando la caja de madera negra, hubo un murmullo de conversación entre los aldeanos, y él saludó y llamó. "Un poco tarde hoy, amigos". El jefe de correos, el Sr. Graves, le siguió,

llevando un banco de tres patas, lo puso en el centro de la plaza y el Sr. Summers puso la caja negra sobre él. Los aldeanos se mantuvieron a distancia, dejando un espacio entre ellos y el taburete, y cuando el Sr. Summers dijo: “¿Alguno de ustedes quiere echarme una mano?”, hubo una vacilación antes de que dos hombres, el Sr. Martin y su hijo mayor, Baxter, se acercaran para mantener la caja firme sobre el banco mientras el Sr. Summers revolvía los papeles que había dentro.

La parafernalia original de la lotería se había perdido hacía tiempo, y la caja negra que ahora descansa en el banco se había puesto en funcionamiento incluso antes de que naciera el viejo Warner, el hombre más viejo del pueblo. El Sr. Summers hablaba con frecuencia con los aldeanos sobre la posibilidad de hacer una nueva caja, pero a nadie le gustaba alterar ni siquiera la tradición que representaba la caja negra. Se contaba que la caja actual se había hecho con algunas piezas de la caja que la había precedido, la que se había construido cuando los primeros habitantes se establecieron para hacer un pueblo aquí. Todos los años, después de la lotería, el Sr. Summers volvía a hablar de una nueva caja, pero todos los años el tema se desvanecía sin que se hiciera nada. La caja negra se volvía cada año más raquílica; ahora ya no era completamente negra, sino que estaba muy astillada a lo largo de un lado para mostrar el color original de la madera, y en algunos lugares estaba descolorida o manchada.

El Sr. Martin y su hijo mayor, Baxter, sujetaban bien la caja negra en el banco hasta que el Sr. Summers revolvía bien los papeles con la mano. Dado que gran parte del ritual se había olvidado o desechado, el Sr. Summers había conseguido que los trozos de papel sustituyeran a las astillas de madera que se habían utilizado durante generaciones. Astillas de madera, había argumentado el Sr. Summers. Había estado muy bien cuando el pueblo era pequeño, pero ahora que la población era de más de trescientos habitantes y que probablemente seguiría creciendo, era necesario utilizar algo que encajara más fácilmente en la caja negra. La noche anterior a la lotería, el Sr. Summers y el Sr. Graves confeccionaron los papelitos y los introdujeron en la caja, y luego la llevaron a la caja fuerte de la compañía de carbón del Sr. Summers y la guardaron bajo llave hasta que el Sr. Summers estuviera listo para llevarla a la plaza a la mañana siguiente. El resto del año, la caja se guardaba, a veces en un lugar, a veces en otro; había pasado un año en el granero del Sr. Graves y otro año bajo los pies en la oficina de correos, y a veces se colocaba en un estante de la tienda de comestibles de Martin y se dejaba allí.

Hubo que hacer un gran esfuerzo antes de que el Sr. Summers declarara abierta la lotería. Había que confeccionar las listas de jefes de familia, jefes de hogar de cada familia, miembros de cada hogar de cada familia. Hubo un juramento del Sr. Summers por parte del director de correos, como oficial de la lotería; en un tiempo, algunas personas recordaban, había habido un recital de algún tipo, realizado por el oficial de la lotería, un canto perfunctorio y sin melodía que había sido recitado debidamente cada año; algunas personas creían que el oficial de la lotería solía estar de pie justo cuando lo decía o lo cantaba, otros creían que se suponía que caminaba entre la gente,

pero hace años y años esta parte del ritual se había dejado de lado. También había un saludo ritual, que el oficial de la lotería tenía que utilizar para dirigirse a cada persona que se acercaba a sacar de la caja, pero esto también había cambiado con el tiempo, hasta que ahora se consideraba que solo era necesario que el oficial hablara a cada persona que se acercaba. El Sr. Summers era muy bueno en todo esto; con su limpia camisa blanca y sus jeans azules, con una mano apoyada despreocupadamente en la caja negra, parecía muy correcto e importante mientras hablaba interminablemente con el Sr. Graves y los Martin.

Justo cuando el Sr. Summers dejó por fin de hablar y se dirigió a los aldeanos reunidos, la Sra. Hutchinson llegó apresuradamente por el camino de la plaza, con su suéter por encima de los hombros, y se deslizó en la parte trasera de la multitud. “Olvidé completamente qué día era”, le dijo a la señora Delacroix, que estaba a su lado, y ambas rieron suavemente. “Pensé que mi viejo estaba atrás apilando leña”, continuó la señora Hutchinson, “y entonces miré por la ventana y los niños se habían ido, y entonces recordé que era el día veintisiete y vine corriendo”. Se secó las manos en el delantal y la Sra. Delacroix dijo: “Pero estás a tiempo. Siguen hablando allá arriba”.

La Sra. Hutchinson estiró el cuello para ver a través de la multitud y encontró a su marido y a sus hijos de pie cerca de la parte delantera. Le dio un golpecito a la Sra. Delacroix en el brazo a modo de despedida y comenzó a abrirse paso entre la multitud. La gente se separó de buen humor para dejarla pasar; dos o tres personas dijeron, en voces lo suficientemente altas como para ser escuchadas a través de la multitud, “Aquí viene su, señora, Hutchinson”, y “Bill, lo logró después de todo”. La Sra. Hutchinson alcanzó a su marido, y el Sr. Summers, que había estado esperando, dijo alegremente “Pensé que íbamos a tener que seguir sin ti, Tessie”. La Sra. Hutchinson dijo, sonriendo, “No me gustaría dejar mis platos en el fregadero, ¿verdad Joe?”, y unas suaves risas recorrieron la multitud mientras la gente se revolvía en su posición tras la llegada de la señora Hutchinson.

“Bueno, ahora”. El Sr. Summers dijo sobriamente: “Supongo que será mejor que empecemos, que acabemos con esto, para poder volver al trabajo. ¿Falta alguien?”

“Dunbar”, dijeron varias personas. “Dunbar. Dunbar”.

El Sr. Summers consultó su lista. “Clyde Dunbar”, dijo. “Así es. Se ha roto la pierna, ¿no? ¿Quién sacará el papel por él?”

“Yo. Supongo”, dijo una mujer, y el Sr. Summers se volvió para mirarla. “La mujer saca el papel por su marido”. El Sr. Summers dijo: “¿No tienes un chico mayor que lo haga por ti, Janey?” Aunque el Sr. Summers y todos los demás en el pueblo sabían perfectamente la respuesta, era asunto del funcionario de la lotería hacer tales preguntas formalmente. El Sr. Summers esperó con una expresión de educado interés mientras la Sra. Dunbar respondía.

“Horace no tiene más que dieciséis años”. Dijo la Sra. Dunbar con pesar. “Supongo que tengo que sustituir al viejo este año”.

“Bien”. Dijo el Sr. Summers. Anotó en la lista que tenía en sus manos. Entonces preguntó: “¿El chico Watson saca el papel este año?”

Un niño alto entre la multitud levantó la mano. “Aquí”, dijo. “Sacaré el papel para mi madre y para mí”. Parpadeó nerviosamente y agachó la cabeza mientras varias voces de la multitud decían cosas como “Buen compañero, Jack” y “Me alegra ver que tu madre tiene un hombre para hacerlo”.

“Bueno”, dijo el Sr. Summers, “supongo que son todos. ¿El viejo Warner lo hizo?”

“Aquí”, dijo una voz, y el Sr. Summers asintió.

Un repentino silencio cayó sobre la multitud cuando el Sr. Summers se aclaró la garganta y miró la lista. “¿Todo listo?”, llamó. “Ahora, voy a leer los nombres -los cabezas de familia primero- y los hombres se acercan y sacan un papel de la caja. Mantengan el papel doblado en la mano sin mirarlo hasta que todos hayan tenido su turno. ¿Está todo claro?”

La gente lo había hecho tantas veces que solo escuchaba a medias las indicaciones; la mayoría estaba callada, mojándose los labios, sin mirar a su alrededor. Entonces el Sr. Summers levantó una mano en alto y dijo: “Adams” Un hombre se desprende de la multitud y se acerca. “Hola, Steve”, dijo el Sr. Summers, y el Sr. Adams dijo: “Hola. Joe”. Se sonrieron sin humor y con nerviosismo. Entonces el Sr. Adams metió la mano en la caja negra y sacó un papel doblado. Lo sujetó firmemente por una esquina mientras se daba la vuelta y volvía apresuradamente a su lugar entre la multitud. donde se quedó un poco apartado de su familia. sin mirar su mano.

“Allen”. Dijo el Sr. Summers. “Anderson.... Bentham”.

“Parece que ya no hay tiempo entre loterías”. La Sra. Delacroix le dijo a la Sra. Graves en la fila de atrás.

“Parece que acabamos con el último la semana pasada”.

“El tiempo pasa muy rápido”, dijo la Sra. Graves.

“Clark.... Delacroix”.

“Ahí va mi viejo”, dijo la señora Delacroix. Contuvo la respiración mientras su marido avanzaba.

“Dunbar”, dijo el Sr. Summers, y la Sra. Dunbar se dirigió con paso firme al palco mientras una de las mujeres decía. “Vamos, Janey”, y otro dijo: “Ahí va”.

“Somos los siguientes”. Dijo la Sra. Graves. Observó mientras el Sr. Graves se acercaba al lado de la caja, saludó al Sr. Summers con seriedad y sacó un papel de la caja. A estas alturas, por toda la multitud había hombres que sostenían los pequeños papeles doblados en sus grandes manos,

dándoles vueltas y vueltas nerviosamente. La señora Dunbar y sus dos hijos estaban juntos, la señora Dunbar sosteniendo el papelito.

“Harburt.... Hutchinson”.

“Sube, Bill”, dijo la señora Hutchinson, y los que estaban cerca de ella se rieron.

“Jones”.

“Dicen”, dijo el señor Adams al viejo Warner, que estaba a su lado, “que en el pueblo del norte están hablando de dejar la lotería”.

El viejo Warner resopló. “Manada de locos”, dijo. “Escuchando a los jóvenes, nada es suficiente para ellos. Lo siguiente será que quieran volver a vivir en cuevas, que nadie trabaje ya, que vivan así una temporada. Solía haber un refrán que decía: “Lotería en junio, el maíz será pesado pronto”. Lo primero que se sabe es que todos estaríamos comiendo pamplinas y bellotas guisadas. Siempre ha habido una lotería”, añadió petulante. “Ya es bastante malo ver al joven Joe Summers ahí arriba bromeando con todo el mundo”.

“Algunos lugares ya han renunciado a las loterías”, dijo la Sra. Adams.

“No hay más que problemas en eso”, dijo el viejo Warner con firmeza. “Manada de jóvenes tontos”.

“Martin”. Y Bobby Martin vio a su padre avanzar. “Overdyke.... Percy”.

“Ojalá se dieran prisa”, dijo la señora Dunbar a su hijo mayor. “Me gustaría que se dieran prisa”.

“Ya casi han terminado”, dijo su hijo.

“Prepárate para correr, dile a papá”, dijo la Sra. Dunbar.

El Sr. Summers pronunció su propio nombre y luego se adelantó con precisión y seleccionó un papelito de la caja. Luego llamó: “Warner”.

El septuagésimo séptimo año que he estado en la lotería”, dijo el viejo Warner mientras atravesaba la multitud. “Septuagésima séptima vez”.

“Watson”. El chico alto se acercó torpemente entre la multitud. Alguien dijo: “No te pongas nervioso, Jack”, y el Sr. Summers dijo: “Tómate tu tiempo, hijo”.

“Zanini”.

Después de eso, hubo una larga pausa, una pausa sin aliento, hasta que el Sr. Summers, sosteniendo su papelito en el aire, dijo: “Muy bien, compañeros”. Durante un minuto, nadie se movió, y luego se abrieron todos los papeles. De repente, todas las mujeres comenzaron a hablar a la vez, diciendo. “¿Quién es?”, “¿Quién lo tiene?”, “¿Son los Dunbar?”, “¿Son los Watson?” Entonces las voces comenzaron a decir: “Es Hutchinson. Es Bill”. “Bill Hutchinson lo tiene”.

“Ve a decírselo a tu padre”, le dijo la señora Dunbar a su hijo mayor.

La gente empezó a mirar alrededor para ver a los Hutchinson. Bill Hutchinson permanecía callado, mirando el papel que tenía en la mano. De repente, Tessie Hutchinson gritó al Sr. Summers. “No le diste el tiempo suficiente para coger el papel que quería. Te he visto. ¡No fue justo!”

“Sé buena, Tessie”. La Sra. Delacroix llamó y la Sra. Graves dijo: “Todos nos arriesgamos igual”.

“Cállate, Tessie”, dijo Bill Hutchinson.

“Bueno, todos”, dijo el Sr. Summers, “eso se hizo bastante rápido, y ahora tenemos que apresurarnos un poco más para terminar a tiempo”. Consultó su siguiente lista. “Bill”, dijo, “tú sacas el papel para la familia Hutchinson. ¿Tienes algún otro miembro de la familia de los Hutchinson?”

“Ahí están Don y Eva”, gritó la señora Hutchinson. “¡Haz que aprovechen su oportunidad!”

“Las hijas sacan los papeles con las familias de sus maridos, Tessie”, dijo suavemente el Sr. Summers. “Lo sabes tan bien como cualquier otra persona”.

“No fue justo”, dijo Tessie.

“Supongo que no, Joe”. Dijo Bill Hutchinson con pesar. “Mi hija saca el papel con la familia de su marido; es lo justo. Y no tengo más familia que los niños”.

“Entonces, en lo que respecta al sorteo para las familias, es usted”, dijo el Sr. Summers para explicar, “y en lo que respecta al sorteo para los hogares, también es usted. ¿Verdad?”

“Así es”, dijo Bill Hutchinson.

“¿Cuántos niños, Bill?” El Sr. Summers preguntó formalmente. “Tres”, dijo Bill Hutchinson. “Están Bill, Jr., y Nancy, y el pequeño Dave. Y Tessie y yo”.

“Muy bien, entonces”, dijo el Sr. Summers, “Harry, ¿tienes sus boletos de vuelta?”

El Sr. Graves asintió con la cabeza y levantó los trozos de papel. “Ponlos en la caja, entonces”, le indicó el Sr. Summers. “Toma el de Bill y ponlo”.

“Creo que deberíamos empezar de nuevo”, dijo la Sra. Hutchinson, tan tranquilamente como pudo. “Te digo que no fue justo. No le diste tiempo suficiente para elegir. Todo el mundo lo vio”.

El señor Graves había seleccionado los cinco papeles y los había metido en la caja, y dejó caer todos los papeles menos esos al suelo, donde la brisa los atrapó y los levantó.

“Escuchen todos”, decía la señora Hutchinson a la gente que la rodeaba.

“¿Listo, Bill?” Preguntó el Sr. Summers, y Bill Hutchinson, con una rápida mirada a su esposa e hijos, asintió.

“Recuerden”, dijo el Sr. Summers, “tomen los papelitos y manténganlos doblados hasta que cada persona haya tomado uno. Harry, ayuda al pequeño Dave”. El señor Graves cogió la mano del pequeño, que subió con él de buena gana al palco. “Saca un papel de la caja, Davy”. Dijo el Sr. Summers. Davy metió la mano en la caja y se rio. “Toma solo un papel”. Dijo el Sr. Summers. “Harry, sujétalo tú”. El señor Graves cogió la mano del niño y sacó el papel doblado del apretado puño y lo sostuvo mientras el pequeño Dave se ponía a su lado y le miraba con asombro.

“Nancy es la siguiente”, dijo el Sr. Summers. Nancy tenía doce años, y sus amigos del colegio respiraron con fuerza cuando se adelantó acomodándose la falda, y sacó un papelito con delicadeza de la caja “Bill, Jr.”, dijo el señor Summers, y Billy, con la cara roja y los pies demasiado grandes, estuvo a punto de volcar la caja al sacar un papel. “Tessie”, dijo el Sr. Summers. Dudó durante un minuto, mirando a su alrededor de forma desafiante, y luego fijó sus labios y se acercó a la caja. Sacó un papel y lo sostuvo detrás de ella.

“Bill”, dijo el Sr. Summers, y Bill Hutchinson metió la mano en la caja y tanteó, sacando por fin el papelito.

El público estaba tranquilo. Una chica susurró: “Espero que no sea Nancy”, y el sonido del susurro llegó a los límites de la multitud.

“Ya no es como antes”. El viejo Warner dijo claramente. “La gente ya no es como antes”.

“Muy bien”, dijo el Sr. Summers. “Abran los papeles. Harry, abre la del pequeño Dave”.

El Sr. Graves abrió el papel y hubo un suspiro generalizado entre la multitud cuando lo levantó y todos pudieron ver que estaba en blanco. Nancy y Bill Jr. abrieron los suyos al mismo tiempo, y ambos sonrieron y rieron, volviéndose hacia el público y sosteniendo sus papelitos sobre sus cabezas.

“Tessie”, dijo el Sr. Summers. Hubo una pausa, y entonces el Sr. Summers miró a Bill Hutchinson, y Bill desdobló su papel y lo mostró. Estaba en blanco.

“Es Tessie”, dijo el Sr. Summers, y su voz se silenció. “Muéstranos su papel, Bill.

“Bill Hutchinson se acercó a su mujer y le arrancó el papelito de la mano. Tenía una mancha negra, la mancha negra que el señor Summers había hecho la noche anterior con el pesado lápiz en la oficina de la compañía de carbón. Bill Hutchinson lo levantó, y hubo un revuelo en la multitud.

“Muy bien, amigos”. Dijo el Sr. Summers. “Terminemos rápido”.

Aunque los aldeanos habían olvidado el ritual y habían perdido la caja negra original, se acordaron de utilizar piedras. El montón de piedras que los chicos habían hecho antes estaba listo; había piedras en el suelo con los trozos de papel que habían salido de la caja. La señora

Delacroix seleccionó una piedra tan grande que tuvo que cogerla con las dos manos y se dirigió a la señora Dunbar. “Vamos”, dijo ella. “Date prisa”.

El Sr. Dunbar tenía pequeñas piedras en ambas manos, y ella dijo, jadeando, “No puedo correr en absoluto. Tendrás que adelantarte y yo te alcanzaré”.

Los niños ya tenían piedras. Y alguien le dio al pequeño Davy Hutchinson unas piedritas.

Tessie Hutchinson se encontraba ya en el centro de un espacio despejado y extendía las manos desesperadamente mientras los aldeanos se acercaban a ella. “No es justo”, dijo. Una piedra la golpeó en un lado de la cabeza.

El viejo Warner decía: “Vamos, vamos, todos”. Steve Adams estaba al frente de la multitud de aldeanos, con la señora Graves a su lado.

“No es justo, no es correcto”, gritó la señora Hutchinson, y entonces estuvieron sobre ella.